

XIV.

Daban las nueve en el reloj del castillo cuando Catalina, provista de una pequeña lámpara de bronce que llevaba en la mano, bajaba al panteon situado detrás de la capilla.

Las cinco de la tarde serian cuando se habian retirado todos, y sólo cuatro horas más tarde era cuando recordaba que su marido dormia en su lecho mortuorio, viéndola quizá entre las nieblas de su pensamiento.

No era, sin embargo, suya toda la culpa.

Su abuelo, el Duque de Norffolk, la habia detenido en su habitacion con un coloquio muy interesante: le habia hablado del amor del rey,—*que estaba sin esposa*,—por haber repudiado á Ana de Cleves; del suntuoso aparato de que una reina está cercada; de joyas, de carrozas, de poder, de tantas cosas, en fin, que el débil cerebro de Catalina se trastornó y la hizo olvidar de que una tumba la esperaba para abrirse ante ella, y devolverle á su esposo.

—Vé á tu cuarto, hija mia, concluyó su abuelo; el

mismo abuelo que algunos meses ántes la habia echado ignominiosamente de su palacio; vete y reflexiona en lo que te he dicho; necesitas algunas horas de meditacion para prepararte á llevar la corona con que te brinda la suerte.

Catalina, despedida, aunque paternalmente, volvió á su habitacion. Si el anciano no hubiera querido quedarse sólo, allí hubiera visto salir la luz de la aurora, sin pensar en la cita que tenia con el Conde.

Sola ya en su cámara, volvió de los dorados sueños de su ambicion á la realidad de su situacion presente, y ocultándole la corona régia que veia en lontananza, apareció su marido cubierto con un sudario.

Catalina cambió su traje de luto para no presentarse al Conde con tan lúgubre aspecto, tomó la llave y la lámpara, y salió de su cuarto con direccion á la capilla.

Silbaba el viento en las largas galerías remedando humanos gemidos; pero Catalina, absorta en profundas reflexiones, nada oia, y continuaba su camino con la cabeza caída sobre el pecho, y como pudiera hacerlo una sonámbula.

Llegó, por fin, á la capilla: el reloj, al dar las nueve, la estremeció con su sonido, pero pasó al panteon, alumbrado por algunas lámparas pendientes de la bóveda.

Era un recinto grande, en el que habia hasta diez ó doce sepulcros de mármol blanco, pertenecientes á

los Condes y Condesas de la casa de Essex, una de las más antiguas y poderosas del reino.

Catalina se acercó al en que dormia su marido, colocó la lámpara que llevaba en la mano sobre un sepulcro inmediato, y se sentó en la helada piedra apoyando la frente en su mano con actitud meditabunda.

Detrás de una de las columnas de piedra que sostenian la bóveda del panteon, habia un hombre; pero Catalina, sumergida en sus cavilaciones, no le vió.

Era Rúben que, al ver á la Condesa, se envolvió en los anchos y oscuros pliegues de su manto hebreo y se ocultó todo lo posible en la sombra, permaneciendo inmóvil.

Entre tanto el ángel bueno y el malo de Catalina se disputaban su voluntad.

Cada uno de ellos le hablaba al oido, y al escucharlos, zumbaban las sienas de la jóven y le parecia que la iba envolviendo el tupido cendal de un delirio extraño y desconocido de ella hasta entónces.

Hé aquí lo que decia el ángel de su guarda con voz suave y cadenciosa:

—¡Abre esa tumba, amada mia! De ella saldrá tu marido, que tanto te quiere; que te protegerá siempre, que te ha elevado hasta él, que te ha sacado de tu pasada abyeccion, que te ha hecho rica y honrada; saldreis juntos de Inglaterra, ireis á otro país lejano y vivireis en una casa de campo, rodeada de árboles

y de flores, bajo el incomparable cielo de la Suiza ó de la Italia; tendrás hermosos hijos que te llamarán madre, y serás la esposa casta y fiel y la mujer respetada, es decir, lo que hasta ahora no has podido ser por el encono de tu mala suerte; yo iré contigo y te yudaré á conquistar la felicidad.... ¡Abre, Catalina, abre pronto, y no desoigas mi ruego, por tu bien!

Al acabar el ángel de la guarda de la jóven este razonamiento, empezaba el suyo el ángel de las tinieblas.

—El rey va á enviar á buscarte, le decia; quiere casarse contigo; serás la soberana de Inglaterra; cuando salgas en tu dorada carroza, todas las frentes se inclinarán ante tí; ¡cuánto brillo no añadirá á tu belleza la corona real! ¡Qué dolor no sentirá al verte el ingrato Madox, quien, sin motivo alguno, rompió los lazos de vuestro mútuo cariño! ¡Cómo te envidiarán todos...! ¡Animo, Catalina! por ahí, bajo tus piés, corren las aguas del lago que baja desde el torrente... arroja en ellas la llave de ese sepulcro y eres reina.

Y luego proseguia el ángel bueno, aproximando su boca celestial al oido de Catalina:

—¡Mira que la corona que ambicionas está teñida con la sangre de Ana Bolena y rodeada de las sombras vergonzosas del repúdio de dos reinas! ¡Trás de esa corona está el tajo sangriento, terrible! Con Arturo están el amor, la paz, los dulces goces de la fa-

milia, que tú no has probado jamás, y que, una vez saboreados, te parecerán un trasunto del cielo... Catalina, la paz y la felicidad de la vida están encerradas en esa tumba... ábrela, y que salgan con tu esposo.

—Tu belleza es mayor que la de todas las anteriores esposas del rey, proseguia el espíritu infernal; tu juventud más florida; el rey no ha amado nunca verdaderamente y tú serás la que imperes sobre su corazon; Catalina, no hay más dicha en la tierra que el poder, el fausto y la riqueza... y ¿quién es más rica que una reina, ni más poderosa que ella? Además, el rey está enfermo y muy expuesto á morir... tú puedes tener un hijo y ser nombrada regente... ¡regente á los diez y ocho ó veinte años! ¿Hay en todo el mundo perspectiva más brillante para una mujer? Hermosa y árbitra suprema de los destinos de toda una rica y poderosa nacion. ¡Qué influencia tan directa y tan soberana no ejercerás sobre todas las cosas! ¡Oh, arroja esa llave á las tranquilas aguas del lago y conquista la corona real! ¿Qué es un hombre en esta cuestion inmensa de la que resulta tanta gloria, tanto poder, tanta dicha para tí? ¡No abras la tumba! ¡No veas á tu marido! ¡Sé grande y superior á tu corazon, que ese lago silencioso y tranquilo te guardará un secreto inviolable!

Catalina no pudo oir más.

Embriagada por las palabras de su ángel malo y

por las locas esperanzas que despertaban en su cerebro, levantóse, corrió á la ventana, la abrió y arrojó la llave á las aguas del lago, tersas y silenciosas como un colosal espejo.

Luego tomó la lámpara y huyó precipitadamente sin mirar hácia atrás y como espantada de lo que habia hecho.

En el mismo instante en que Catalina desaparecia por la ojiva puerta que comunicaba con la capilla, Rúben salió de detrás de la columna que le ocultaba.

Arrojó su manto, retrocedió algunos pasos y tomando carrera con un ardor que no se hubiera debido esperar de su edad sexagenaria, se precipitó en las aguas que corrian mansamente por debajo de la ventana.

El torrente rugia á lo léjos, y de él partia el lago silencioso y tranquilo que rodeaba la espalda del sombrío castillo.

Oyóse el ruido que hizo al caer el cuerpo del judío, al mismo tiempo que el reló de la torre daba las nueve y media.

Durante algunos minutos se oyó agitarse la gran sábana líquida y cristalina, y luego la luz de la luna, que apareció entre los frondosos árboles de la selva, alumbró de nuevo la alta figura de Rúben que salia del lago con un objeto en la mano.

Era una llave.

XV.

Rúben subia penosamente la rampa áspera y pedregosa que llevaba desde el lago á la gran selva en medio de la cual se elevaba el castillo.

El agua chorreaba de su larga hopalanda de lana, que le ceñia en gruesos pliegues, y de su gorro hebreo cargado de joyas y pedrería.

Apénas estuvo en terreno llano, arrojó al suelo el gorro y se apresuró á dar la vuelta para entrar en el castillo por una puertecilla situada en la sala de armas, que daba al lado de la rampa.

Aquella puerta estaba guardada dia y noche por un hombre de armas que se paseaba delante de ella con su maza al hombro.

Rúben procuraba acelerar el paso; habia oido la hora que sonó en el reló de la torre y no ignoraba á la en que debia salir el Conde de su letargo.

¡Ah! ¡Si su señor le hubiera dado á él aquella llave, ú otra al ménos! Pero no le habia creído digno de su confianza, á él, miserable hijo de una raza proscrita y perseguida, y habia puesto su existencia

en las manos de una mujer traidora y desleal, que le condenaba á la más horrible muerte.

Estas amargas reflexiones no impedían al hebreo hacer esfuerzos sobrehumanos para llegar á la puertecilla; pero sus fuerzas estaban agotadas y apenas podía sostenerse.

La luna hería su cabeza descubierta, calva y guarnecida de algunos mechones de cabellos blancos como la nieve.

El peso de sus ropas empapadas en agua, no menos que su fatiga y su cansancio, le impedían moverse, y hubo un instante en que se dejó caer de rodillas, ocultó entre las manos su semblante venerable y murmuró entre sollozos:

—¡No puedo!... ¡No puedo!...

Pero Dios, eterno consolador de los afligidos, vino en su ayuda y prestó valor á su ánimo desfallecido; volvió á levantarse y pudo ganar la puertecilla á la que llamó con trémula mano.

—¿Quién vá? preguntó desde adentro la voz áspera de un soldado.

—Rúben el hebreo, respondió el doctor.

—¿Qué quereis?

—Entrar... me fui á vagar por el bosque, me dormí á orillas del lago y he caído en él: abrid pronto, si no quereis que me muera de frío.

La puerta se abrió.

El rudo veterano, que la guardaba, conocía la

confianza que había tenido siempre en el judío el difunto Conde y calculó que habría salido para algún asunto de la casa.

Rúben, sin responder á ninguna de las preguntas que le dirigió el soldado, cruzó casi arrastrando la sala de armas al tiempo mismo que sonaban las diez.

Un estremecimiento convulsivo paralizó de nuevo sus casi exhaustas fuerzas.

Aquella era la hora en que debía salir Arturo de su letargo.

¿Cuál no sería su desesperacion al hallarse encerrado en su atahud y sin esperanza alguna de salvacion ó de socorro?

Estas reflexiones, si bien redoblaron la angustia del anciano al tiempo de ocurrírsele, redoblaron tambien su aliento, pasado el primer instante.

Después de cruzar la sala de armas, salió Rúben á la escalera, la bajó y entró en la gran galería que conducía á la capilla.

Al llegar á la puerta le pareció oír un gemido lejano y apagado que le heló la sangre en las venas y le hizo precipitar el paso.

Entró en el panteon y volvió á oír más distinto aquel clamor agonizante.

Ya no podía dudarlo. El Conde se entregaba á la espantosa desesperacion que debía producirle su horrible lecho.

—¡Valor! ¡aquí estoy, señor! gritó el judío arrodillándose delante del sepulcro de mármol.

Arturo no debió oírle, porque gimió con voz sorda.

—¡Catalina!... ¡Catalina!...

Rúben introdujo la llave en la cerradura, que, sin duda por haberse mojado aquella, opuso alguna dificultad.

Pero el rumor que esto produjo, aunque más leve, más cercano, debió llegar á los oídos del Conde, porque de pronto cesaron sus lamentos.

El judío alzó los ojos al cielo demandándole su ayuda, y la llave dió vuelta, abriéndose pesadamente el arca de mármol que ocultaba el atahud.

El anciano destapó la caja y el Conde apareció lívido, convulso, horrible, con los ojos hundidos por el terror y la desesperación.

Al ver la luz de las lámparas que alumbraban el panteon, quiso incorporarse; pero la debilidad y el espanto le privaron del sentido, y el Conde volvió á desplomarse, presa de un profundo desmayo.

Rúben le sacó de allí en sus brazos: sólo Dios puede explicar cómo aquel débil anciano, extenuado ya por la fatiga y el dolor, pudo levantar al Conde, que oponía á su debilidad el doble peso de su corpulencia y la inmovilidad de su desmayo.

El hebreo le llevó casi arrastrando hasta la capilla; allí le colocó en un banco, sacó de su pecho una

redomita y acercó á los labios del Conde el cordial que contenía, bebiendo él despues para reanimar sus ya tan abatidas fuerzas.

—¿Dónde estoy? preguntó Arturo con voz muy débil.

—En salvo, señor, respondió el judío.

—¿Y Catalina?

Rúben no respondió.

—¿Y Catalina? tornó á preguntar el Conde: ¿dónde está? ¿Cómo no la veo aquí? ¿Quién ha abierto mi cárcel sepulcral?

—Yo, señor, repuso Rúben.

—¿Te dió Catalina la llave?

—Tuve que sacarla del fondo de las aguas del lago.

—¡Infierno! gritó el Conde retorciendo sus manos: ¿y quién la arrojó allí?

—Catalina.

Siguió un largo silencio: el Conde palideció más intensamente; un temblor convulsivo agitó todo su cuerpo, y Rúben creyó por un instante que volvía á desfallecer: más al ir á acercar de nuevo á sus labios descoloridos la redomita que contenía el cordial, Arturo, separó suavemente su mano.

—Déjame y nada temas, le dijo con temblorosa voz: yo quisiera que Dios me llevase junto á sí; pero siento en mi corazón que me dejará vivir para mi venganza.

Después de estas palabras, el Conde pareció sumergirse en hondas reflexiones, en las que aún permanencia cuando rayó la luz del alba.

El judío salió y estuvo fuera como una media hora; luego volvió á la capilla y dijo á su amo:

—Hé aquí un traje de soldado; dejad, señor, que os lo vista, y después saldremos por la puerta de la capilla que dá al bosque, y junto á la cual hay ya preparados dos caballos.

El Conde no opuso resistencia alguna.

Su desgracia pesaba á un tiempo sobre su corazón y sobre su cabeza; estaba anonadado.

Rúben le despojó de sus vestidos é hizo de ellos un lío.

Luego le condujo por la mano hasta la puertecilla, cuya llave se había procurado, y ambos montaron á caballo.

Nadie les puso obstáculo alguno en su paso, creyéndoles un soldado y el médico que iban á asuntos propios á Londres.

Catalina no estaba reconocida oficialmente como Condesa soberana, y nadie y todos imperaban en el castillo desde la muerte del Conde.

Al pasar junto al torrente, el judío arrojó á él los vestidos del Conde; pero éste pidió el sudario que había llevado sobre ellos como manto de muerte, y, después de doblarlo, lo guardó entre los pliegues de su vesta de soldado.

Nada quedaba ya del Gran Senescal de Inglaterra, del Conde soberano de Essex.

Los dos jinetes desaparecieron bien pronto entre las infinitas revueltas del camino que conducía á Londres.

XVI.

Catalina, despues de haber arrojado la llave por la ventana, subió presurosa y despavorida á su habitacion.

El ángel malo habia ganado, y el de su guarda se habia vuelto al cielo llorando y cubriéndose el rostro con sus blancas alas.

A pesar de tener el semblante inundado de una palidez mortal, las primeras palabras de Catalina, al entrar en su cámara, fueron éstas:

—¡Ya soy reina!

Pero aquel chispazo de triunfo no consiguió apagar el grito de su remordimiento, y la infeliz pasó la noche, ora dando vueltas por su cámara en una especie de frenesí, ora hundida en un sillón y queriendo huir de sí propia.

Tan pronto se veia coronada y sentada en el trono, tan pronto se veia precipitada de él por la mano vengadora de su marido.

La aurora disipó algun tanto las angustias de su ánimo: levantóse del sitial que habia ocupado y trató

de reparar el desórden de su persona y de sus cabellos destrenzados.

Ocupada se hallaba de esta suerte cuando oyó el sonido de una bocina: asomóse á la ventana y vió parado á la entrada del puente á un caballero con la visera calada, que agitaba un oriflama con las armas de Inglaterra.

Precedíanle dos pages de la casa real y le seguian algunos soldados.

Era un enviado del rey.

Catalina oyó soltar las cadenas y pasar por el puente los caballos; luego una voz fuerte y sonora gritó:

—¡Un mensaje de S. M. para Su Gracia el Duque de Norffolk!

Trás esto se oyeron pisadas fuertes y acompasadas en la gran escalera, lo que probaba que el enviado del rey era recibido por el Duque sin dilacion alguna.

—Milord, le dijo despues que estuvo en su presencia: S. M. me manda decir á Vuestra Gracia que salgais conmigo de este castillo—que desde hoy queda confiscado por la corona—y que lleveis con vos á Miss Howard.

—Quiere S. M. que lleve á mi nieta á Lóndres? preguntó el anciano, que temblaba de gozo.

—Sí, milord.

—¿He de depositarla en mi casa?

—S. M. manda que la conduzcáis al instante á palacio.

El Duque salió presuroso para avisar á Catalina, quien, al oír la fausta nueva, olvidó sus remordimientos.

A pesar de la palidez producida por tantas sensaciones, jamás la jóven habia estado tan bella.

No fué necesario que su abuelo la animase para terminar con brevedad sus cortos preparativos.

Catalina ansiaba más que nadie salir de aquel castillo maldito donde creia oír á cada instante los lamentos y gemidos de Arturo.

Media hora despues de la llegada del mensajero del rey, cabalgaban por el camino de Lóndres éste, Catalina y el Duque de Norffolk, escoltados por los arqueros que habian acompañado á aquel, y precedidos de los pages.

El rey recibió al instante á Catalina, que se inclinó con humildad y le besó la mano.

—Tienes habitacion dispuesta en palacio, le dijo el rey; ve á ella á descansar y prepárate para ser reina de Inglaterra y mi adorada esposa.

XVII.

El mismo dia de la llegada de Catalina á la córte y al palacio real, y en tanto que ella reparaba con un sueño profundo las fatigas del viaje, la anciana Duquesa de Norffolk tomaba en su casa enérgicas medidas para sepultar en el más completo olvido las faltas cometidas en ella por su nieta cuatro años ántes, y á que dió origen su culpable indiferencia para con la jóven.

Ya hacia mucho tiempo que Madox y Durham, cómplices de Catalina, habian sido arrojados de su servicio uno despues de otro y con frívolos pretextos; pero habia algunas de sus doncellas muy bien enteradas de todos los pormenores de aquel trato inícuo: dos, sobre todo, llamadas Rosamunda y Olivia, habian sido las confidentes de aquellos galanes y algunas veces tambien las de Catalina.

Ante la evidencia del elevado destino que aguardaba á Catalina, aquellas dos mujeres fueron despedidas.

La Duquesa repartió gruesas sumas á las demás

personas de su servidumbre imponiéndoles al mismo tiempo, y bajo las más severas penas, el secreto más inviolable, y creyó haber asegurado con estas medidas la tranquilidad de su familia.

Ocho días despues, el rey se desposó con Catalina en Westminster con el ceremonial de costumbre.

Sólo habia de nuevo la belleza de la soberana que era tan pura, tan fresca, tan delicada que el pueblo no se cansaba de contemplarla y saludarla con ardientes aclamaciones.

Su traje, dispuesto y dirigido por la Duquesa de Norfolk, quien desde la elevacion de Catalina desplegabá en favor de la jóven un interés verdaderamente maternal, era de gran valor y de exquisito gusto.

La tela era toda blanca y de encaje, bordada de perlas de inmenso valor; sobre aquel fondo nacarado brillaban á intervalos algunos diamantes de un tamaño fabuloso: sobre el traje caian los hermosos y elásticos rizos de Catalina, de color castaño oscuro, haciendo resaltar su tez de nieve animada por un débil sonrosado, causado por la agitacion que la dominaba.

Tan fuerte era el amor del rey por Catalina, que, ántes de salir de la iglesia, quiso proceder á la ceremonia de la coronacion, que se efectuó con gran solemnidad.

Cuando colocó la corona real en la frente de Catalina, una satisfaccion íntima y reposada le rejuve-

neció, disipando el ceño feroz que hacia largo tiempo no le abandonaba.

—Me parece, dijo un cortesano al oido de otro, que la jóven que hoy ha tomado el rey por esposa es la única mujer á quien verdaderamente ha querido en toda su vida.

—Creo lo mismo, respondió su compañero, y no me extraña, porque es la más bella criatura que yo he visto jamás; ¡qué ojos! ¡qué téz! ¡qué talle! No concibo que se pueda pintar más bella á la misma diosa de la hermosura.

Durante esta conversacion terminó la ceremonia.

El rey salió de la capilla dando la mano á Catalina, y los nobles y altos dignatarios de la Iglesia y del Estado les siguieron en dos largas filas.

Una ardiente aclamacion recibió á la nueva reina, que volvió la cabeza graciosamente á un lado y á otro para saludar y sonreir al pueblo.

De repente se quedó más blánca que su vestido, y sus ojos se dilataron terriblemente, quedándose fijos y como fascinados en uno de los ángulos del átrio.

Habia visto, cubierto de un traje negro, pálido, silencioso y sombrío, á su marido el Conde de Essex, que la miraba con amenazadora fijeza.

El espanto de la reina fué tan grande que dominó por fin sus sentidos y se desmayó.

Cuando volvió en sí, se halló en palacio y en su cámara.